

Short Notes

Otro danzón para Gladys Egües cantero

NANCY MOREJÓN

Premio Nacional de Literatura de Cuba 2001

A Odilio Urfé, el más grande pianista de danzones

Todavía el danzón aparece, a su modo, en la oreja pública cubana. A veces, en provincia, se escuchan en cualquier fiesta los acordes de *El cadete constitucional* a cuya historia valdría la pena regresar para comprender y despejar algunas incógnitas.

El oído es más sabio de lo que cualquiera pudiese imaginar. Bailar danzones es ¿una costumbre perdida? Sí y no porque, de alguna manera, la hemos recuperado en las fiestas de quince, cuando, al terminar los compases de un consabido vals, muy particularmente el *Danubio azul*, de Johann Strauss. O, tal vez, en ciertos grupos de aficionados que lo estudian mientras interpretan la coreografía requerida. En la vida, ganamos y perdemos. El danzón, al atravesar el corazón de nuestra memoria colectiva, sufrió transformaciones.

Sobre el origen de nuestro danzón hay varias hipótesis. No hay uniformidad en ellas. Para Lino Betancourt Molina su nacimiento ocurrió “cuando el músico matancero Miguel Faílde estrenó, el 1º de enero de 1879, un danzón titulado *Las alturas de Simpson*”¹. Otros especialistas relacionan sus comienzos a la contradanza cuyo baile supuso, de entrada, la aceptación social del abrazo de la pareja en pleno siglo XIX, algo que no era común. Otros coinciden en que el danzón fue invención de un trompetista, “Miguel Faílde Pérez (1852-1921), oriundo de Matanzas, hijo de una esclava emancipada”. Su ritmo es sincopado y algunos reconocen el año de 1877 como el de su verdadera creación².

Hijo cierto de la contradanza, su maravilloso timbre anidó en las charangas para perpetuarse allí recreando, en los solos de flauta, temas de W. A. Mozart, L. V. Beethoven, P. Tchaïkovsky, Frédéric Chopin y Franz Liszt, entre otros. *La flauta mágica*, por ejemplo, era tema recurrente, disfrutado por los bailarores hasta que irrumpía en escena la cadencia de un insólito montuno cuya clave bebía de la percusión traída a la Isla por los esclavos africanos desde el siglo XVI. En cualquier caso las modas, las preferencias impuestas por las leyes del mercado – o por algunos consumistas feroces – no han podido borrar al danzón del entorno musical de ciudades como La Habana y Matanzas.

No podría haber danzones sin la existencia de la charanga francesa. No podrá haber danzones sin parejas de baile. No podrá haber danzón, el más simple, sin el concurso de las flautas mágicas que le donaron ese toque enigmático que no sabemos explicarnos hoy, todavía; vinieran, o no, de tres ases tales como Antonio María Romeu, Juan Pablo Miranda o el propio Richard Egües.

El tono de los danzones escogidos por Rafael Lay y Richard Egües para grabar un disco de larga duración para la Orquesta Aragón, fue considerado lo más innovador de su

época gracias a la acertada liberación de las cuerdas como marco perfecto para la ingeniosa entrada de la flauta cuyo compás protagonizaba el ritmo de la percusión, siempre en el estilo inimitable de los cienfuegueros. En aquella grabación de la RCA Víctor el piano, en cambio, sólo tenía una imprescindible dimensión acompañante. El sabor alcanzado en la interpretación de temas como *Unión cienfueguera* y *Osiris* aún resuena en la memoria colectiva de todos los cubanos.

La nostalgia siempre es bien admitida en cualquier circunstancia. En la mía, reina, reinará por siempre Gladys quien, entre varios privilegios, es propietaria de un danzón compuesto especialmente para ella e interpretada por la Orquesta Aragón, en sus primeros quince años cumplidos. Poco importa ahora el contexto de aquella celebración inolvidable.

Apareció, en lo alto de la noche, el sonido de una flauta única, la de Richard Egües cuya tradición se hundía en las más puras esencias de estilos anteriores que fundaron el suyo, tan inigualable como original. Si ese sonido es un sello legítimo de nuestra época no lo es sólo por su genio ejecutante sino por su sentido de la pertenencia y la interpretación -en él- del más abierto, del más inclusivo carácter nacional.

El solo de piano de *Felicidades, Gladys*, constituyó el estreno del ya célebre estilo, ampliamente divulgado, como *danzón-cha*. Gladys, la flor de los canteros, al amparo de la flauta de Richard, entraba a una adolescencia llena de sorpresas, de opciones que le abrieron nuevos caminos de identidad y de realización profesional plena.

El Cerro, 1º. de junio, 2020